

LA FIJACIÓN DE LA CREENCIA

Charles S. Peirce (1877)

Traducción castellana y notas de José Vericat (1988)[±]

I. Ciencia y lógica

1. Hay pocas personas que se preocupan de estudiar lógica, porque todo el mundo se considera lo suficientemente experto ya en el arte de razonar. Observo, sin embargo, que esta satisfacción se limita a la capacidad de raciocinio de uno mismo, no extendiéndose a la de los demás hombres.

2. La posesión plena de nuestra capacidad de extraer inferencias, la última de todas nuestras capacidades, es algo que hay que alcanzar, ya que no es tanto un don natural como una arte prolongado y difícil. La historia de su práctica constituiría un importante tema para un libro. Los escolásticos medievales, siguiendo a los romanos, considerándola como muy fácil, hicieron de la lógica el primero de los estudios de un niño después de la gramática¹. Así es como la entendieron. El principio fundamental para ellos era el de que todo conocimiento reposa bien sobre la autoridad, bien sobre la razón; pero que todo lo que se deduce por la razón depende, en última instancia, de una premisa derivada de la autoridad. Consiguientemente, tan pronto como un niño dominaba perfectamente el procedimiento silogístico se consideraba que había completado ya su pertrechamiento intelectual.

3. Para aquella admirable mente que fue Roger Bacon², casi un científico en la mitad del siglo XIII, la concepción que los escolásticos tenían del raciocinio representaba estrictamente un obstáculo a la verdad. El vio que sólo la experiencia enseña algo, una proposición ésta que a nosotros nos parece fácil de entender, pues desde generaciones nos ha sido transmitido un concepto diferenciado de experiencia³; pero que a él le pareció por igual perfectamente clara porque no se habían presentado aún sus dificultades. De todos los tipos de experiencia pensó que el mejor era el de la luz interior, ya que enseña muchas cosas sobre la naturaleza que los sentidos exteriores no podrían nunca descubrir, tal como la transubstanciación del pan⁴.

4. Cuatro siglos después, el Bacon más célebre, en el primer libro de su *Novum Organum*, daba una clara explicación de la experiencia como algo que tenía que estar abierto a verificación y comprobación. Pero si bien la idea de Lord Bacon era superior a otras anteriores, con todo a cualquier lector moderno que no se deje impresionar por su grandilocuencia le chocará enormemente lo inadecuado de su concepción del proceder científico. ¡Vaya idea, la de que basta con realizar algunos rudos experimentos para plasmar esquemas de los resultados en algunas fórmulas vacías, proceder metódicamente con estas comprobando todo lo desaprobado y estableciendo las alternativas, y que en pocos años se completaría así la ciencia física! Bacon, en efecto, como dijo aquel científico genuino que fue Harvey, "escribió sobre la ciencia como un Lord Canciller"⁵.

5. Los primeros científicos, Copérnico, Tycho Brahe, Kepler⁶, Galileo, Harvey y Gilbert, utilizaron métodos más parecidos a los de sus colegas modernos. Kepler se planteó trazar una curva que uniese las diferentes posiciones de Marte⁷ y establecer los tiempos que tardaba el planeta en describir las diferentes partes de esa curva; pero quizá su mayor servicio a la ciencia fue el de grabar en la mente de los hombres que lo que había que hacer, si querían progresar en astronomía, no era limitarse a investigar si un sistema de epiciclos era mejor que otro, sino que había que ceñirse a los números y averiguar cuál era en realidad la curva. Lo consiguió gracias a su incomparable valor y energía, procediendo, del modo más inconcebible (para nosotros), de una hipótesis irracional a otra, hasta que después de probar hasta veintidós fue a parar, por mero agotamiento de su imaginación, a la órbita que cualquier mente bien pertrechada de las armas de la lógica moderna hubiese probado desde un principio⁸.

6. Por lo mismo, toda obra científica lo suficientemente importante como para que se la tenga que recordar durante unas pocas generaciones constituye un cierto ejemplo de los defectos del arte de razonar de la época en que fue escrita; y cada paso importante de la lógica ha sido una lección de ciencia. Lo fue cuando Lavoisier y sus contemporáneos emprendieron el estudio de la química. La vieja máxima del químico había sido "Lege, lege, lege, labora, ora, et relege". El método de Lavoisier no fue leer y orar, sino soñar que un cierto proceso químico, largo y complicado, debería tener un cierto efecto, ponerlo en práctica con monótona paciencia, soñar tras su inevitable fracaso que con una cierta modificación daría lugar a otro resultado, y terminar publicando el último sueño como un hecho: lo peculiar suyo fue llevar su mente al laboratorio y hacer literalmente de sus alambiques y retortas instrumentos del pensamiento, dando una nueva concepción

del razonar como algo que había que hacer con los ojos abiertos, manipulando cosas reales en lugar de palabras y quimeras.

7. La controversia darwiniana, es, en buena parte, una cuestión de lógica. El señor Darwin propuso aplicar el método estadístico a la biología⁹. Se había hecho lo mismo en una rama radicalmente distinta de la ciencia, en la teoría de los gases. Aun cuando Clausius y Maxwell sobre la base de una cierta hipótesis relativa a la constitución de esta clase de cuerpos no estaban en situación de afirmar cuáles serían los movimientos de cualquier molécula particular de gas, con todo mediante la aplicación de la teoría de las probabilidades, ocho años antes de la publicación de la inmortal obra de Darwin¹⁰, sí fueron capaces de predecir que a la larga y bajo circunstancias dadas tal y tal proporción de moléculas adquirirían tales y tales velocidades; que en cada segundo tendrían lugar tal y tal cantidad relativa de colisiones, etc.; pudiendo deducir a partir de estas proposiciones ciertas propiedades de los gases, especialmente en relación a sus relaciones caloríficas. De la misma manera, Darwin, si bien no podía afirmar cuál sería la operación de variación y selección natural en cualquier caso individual, con todo demuestra que a la larga adaptarán, o deberían adaptar los animales a sus circunstancias. El que las formas animales existentes se deban o no a dicha acción, o cuál es la posición que la teoría debiera adoptar, es algo que constituye el contenido de una discusión en la que se entrelazan curiosamente cuestiones de hecho y de lógica.

II. Principios y directrices

8. El objeto de razonar es averiguar algo que no conocemos a partir de lo que ya conocemos. Consecuentemente, razonar es bueno si es tal que da lugar¹¹ a una conclusión verdadera a partir de premisas verdaderas, y no a otra cosa. La cuestión de la validez es así algo puramente de hecho y no de pensamiento. Si A son los hechos enunciados en las premisas y B lo concluido, la cuestión es si estos hechos están relacionados de tal manera que si A entonces generalmente B. Si es así, la inferencia es válida; si no, no. La cuestión no es en lo más mínimo la de si al aceptar la mente las premisas sentimos o no también un impulso a aceptar la conclusión. Es verdad que en general por naturaleza razonamos correctamente. Pero esto es accidental; la conclusión verdadera seguiría siendo verdadera aun cuando careciéramos de todo impulso a aceptarla; y la falsa seguiría siendo falsa, aun cuando no pudiésemos resistir la tendencia a creer en ella.

9. Sin duda, en lo fundamental, somos animales lógicos, pero no de un modo perfecto. La mayoría de nosotros, por ejemplo, somos más propensos a ser confiados y optimistas de lo que justificaría la lógica. Parece que estamos constituidos de manera tal que nos sentimos felices y autosatisfechos en ausencia de hechos por los que guiarnos; de manera que el efecto de la experiencia es el de contraer continuamente nuestras esperanzas y aspiraciones. Con todo, toda una vida aplicando este correctivo no es habitualmente suficiente para erradicar nuestra confiada disposición. Es probable que nuestro optimismo resulte extravagante ahí donde nuestra esperanza no esté contrastada por experiencia alguna. La logicidad en cuestiones prácticas (si se entiende esto no en el viejo sentido, sino como consistiendo en una sabia unión de la seguridad con lo fructífero del razonar) es la cualidad más útil que puede poseer un animal, y por tanto puede derivarse de la acción de la selección natural; pero fuera de esto probablemente es más ventajoso para el animal tener la mente llena de visiones estimulantes y placenteras, al margen de su verdad; y es así por lo que la selección natural, en temas no prácticos, puede dar lugar a una tendencia falaz del pensamiento¹².

10. Lo que nos determina a extraer, a partir de premisas dadas, una inferencia más bien que otra es un cierto hábito de la mente, sea constitucional o adquirido. El hábito es bueno o no, según produzca conclusiones verdaderas o no a partir de premisas verdaderas; y una inferencia se considera válida o no, no especialmente por referencia a la verdad o falsedad de sus conclusiones, sino en la medida en que el hábito que la determina es tal como para en general producir o no conclusiones verdaderas. El hábito particular de la mente que gobierna esta o aquella inferencia puede formularse en una proposición cuya verdad depende de la validez de las inferencias que el hábito determina; y a esta fórmula se le llama un *principio directriz* de la inferencia. Supongamos, por ejemplo, que observamos que un disco de cobre en rotación se detiene rápidamente cuando lo situamos entre los polos de un imán, e inferimos entonces que lo mismo sucederá con todo disco de cobre. El principio directriz es que lo que es verdad de un disco de cobre lo es también de otro. Tal principio directriz será mucho más seguro respecto del cobre que respecto de otras muchas sustancias –el latón, por ejemplo.

11. Se podría escribir un libro para enumerar todos los principios directrices más importantes del razonar. Tenemos que reconocer que probablemente no tendría utilidad alguna para aquella persona cuyo pensamiento se dirige por entero hacia cuestiones prácticas, y cuya actividad se desarrolla por terrenos absolutamente trillados. Los problemas que se le plantean a una mente tal son cuestiones de rutina que ha

aprendido a tratar de una vez por todas al aprender su oficio. Pero dejemos que un hombre se aventure por terrenos extraños, o por donde sus resultados no puedan contrastarse continuamente mediante la experiencia, y la historia muestra que el más viril intelecto rápidamente se desorienta, malgastando sus esfuerzos en sentidos que no le acercan a su objetivo, o que incluso le alejan por completo. Es como un barco en altamar con nadie a bordo que conozca las reglas de navegación. Y en tal caso ciertamente sería de gran utilidad un cierto conocimiento general de los principios directrices.

12. El tema, sin embargo, difícilmente puede tratarse sin delimitarlo antes; Ya que casi cualquier hecho puede servir como un principio directriz. Pero sucede que hay entre los hechos una división, tal que en una clase están todos los que son absolutamente esenciales como principios directrices, mientras que en las otras están todos los que tienen cualquier otro interés como objetos de investigación. Esta división es la que se da entre los que necesariamente se consideran como obvios al plantearse por qué se piensa que una cierta conclusión sigue a ciertas premisas, y los que no están involucrados en esta cuestión. Una rápida reflexión muestra que cuando se plantea inicialmente la cuestión lógica se están presuponiendo ya toda una variedad de hechos. Se presupone, por ejemplo, que se dan estados mentales tales como la duda y la creencia –que es posible el paso de uno a otro permaneciendo sin alterar el objeto del pensamiento, y que este paso está sujeto a determinadas reglas a las que todas las mentes están sujetas por igual. Como estos son hechos que tenemos que conocer antes de que podamos tener en absoluto cualquier concepción clara del razonar, no puede suponerse que tenga ya mayor interés indagar sobre su verdad o falsedad. Por otro lado, es fácil creer que las reglas más fundamentales del razonar son las que se deducen de la idea misma del procedimiento; y, en efecto, que en la medida en que se conforma a éstas no llevará al menos a conclusiones falsas a partir de premisas verdaderas. De hecho, la importancia de lo que puede deducirse de los supuestos implicados en la cuestión lógica resulta ser mucho mayor de lo que podía suponerse, y ello por razones difíciles de exponer de partida. La única que mencionaré aquí es la de que los conceptos que realmente son fruto de la reflexión lógica, sin que llegue a verse a primera vista, se entremezclan con nuestros pensamientos ordinarios, siendo frecuentemente causa de gran confusión. Este es el caso, por ejemplo, del concepto de cualidad. Una cualidad, como tal, no es nunca un objeto de observación. Podemos ver que una cosa es azul o verde, pero la cualidad de ser azul y la cualidad de ser verde no son cosas que veamos; son producto de las reflexiones lógicas. La verdad es que el sentido común, o pensamiento tal como emerge primigeniamente por encima del nivel de lo estrictamente práctico, se encuentra profundamente imbuido de aquella mala cualidad lógica a la que habitualmente se le aplica el epíteto de metafísica; y nada puede clarificarlo más que un severo curso de lógica.

III. Duda y creencia

13. En general sabemos cuándo queremos plantear una cuestión y cuándo queremos realizar un juicio, ya que hay una semejanza entre la sensación de dudar y la de creer.

14. Pero esto no es todo lo que distingue la duda de la creencia. Hay una diferencia práctica. Nuestras creencias guían nuestros deseos y conforman nuestras acciones. Los "Asesinos", o seguidores del Viejo de la Montaña¹³, solían a la más mínima orden lanzarse a la muerte, porque creían que la obediencia hacia él les garantizaba la felicidad perpetua. De haberlo puesto en duda no habrían actuado como lo hacían. Pasa lo mismo con toda creencia, según su grado. El sentimiento de creer es un indicativo más o menos seguro de que en nuestra naturaleza se ha establecido un cierto hábito que determinará nuestras acciones¹⁴. La duda nunca tiene tal efecto.

15. No podemos tampoco pasar por alto una tercera diferencia. La duda es un estado de inquietud e insatisfacción del que luchamos por liberarnos y pasar a un estado de creencia¹⁵; mientras que este último es un estado de tranquilidad y satisfacción que no deseamos eludir o cambiar por una creencia en otra cosa¹⁶. Al contrario, nos aferramos tenazmente no meramente a creer, sino a creer precisamente lo que creemos.

16. La duda y la creencia tienen así efectos positivos en nosotros, aunque de tipo muy diferente. La creencia no nos hace actuar automáticamente, sino que nos sitúa en condiciones de actuar de determinada manera, dada cierta ocasión. La duda no tiene en lo más mínimo un tal efecto activo, sino que nos estimula a indagar hasta destruirla. Esto nos recuerda la irritación de un nervio y la acción refleja producida por ello; mientras que como análogo de la creencia en el sistema nervioso tenemos que referirnos a las llamadas asociaciones nerviosas –por ejemplo, a aquel hábito de los nervios a consecuencia del cual el aroma de un

melocotón hace agua la boca¹⁷.

IV. El fin de la indagación

17. La irritación de la duda causa una lucha por alcanzar un estado de creencia. Llamaré a esta lucha *indagación*, aunque debo admitir que no es esta con frecuencia una designación muy adecuada.

18. La irritación de la duda es el solo motivo inmediato de la lucha por alcanzar la creencia. Lo mejor ciertamente para nosotros es que nuestras creencias sean tales que verdaderamente puedan guiar nuestras acciones de modo que satisfagan nuestros deseos; y esta reflexión hará que rechacemos toda creencia que no parezca haber sido formada de manera tal que garantice este resultado. Pero sólo lo hará así creando una duda en lugar de aquella creencia¹⁸. La lucha, por tanto, empieza con la duda y termina con el cese de la duda. De ahí que el solo objeto de la indagación sea el establecer la opinión. Podemos elucubrar sobre que estos no nos basta, y que lo que buscamos no es meramente una opinión, sino una opinión verdadera. Pero si sometemos a prueba esta elucubración se probará como carente de base; pues tan pronto como alcanzamos un acreeencia firme nos sentimos totalmente satisfechos, con independencia de que sea verdadera o falsa. Y está claro que nuestro objeto no puede ser nada que esté fuera de la esfera de nuestro conocimiento, pues nada que no afecte a la mente puede ser motivo de esfuerzo mental. Lo máximo que se puede afirmar es que buscamos una creencia que *pensaremos* que es verdadera. Pero que es verdadera lo pensamos de cada una de nuestras creencias, y, en efecto, el afirmarlo es una mera tautología¹⁹.

Que el establecimiento de opinión es el solo fin de la indagación es una muy importante proposición. Hace desaparecer automáticamente diversos conceptos vagos y erróneos de prueba. Podemos señalar aquí unos pocos.

19. 1) Algunos filósofos han imaginado que para iniciar una indagación era sólo necesario proferir una cuestión, oralmente o por escrito, ¡e incluso nos han recomendado que empecemos nuestros estudios cuestionándolo todo! Pero el mero poner una proposición en forma interrogativa no estimula a la mente a lucha alguna por la creencia. Tiene que ser una duda viva y real, y sin esto toda discusión resulta ociosa²⁰.

2) Una idea muy común es la de que una demostración tiene que basarse en ciertas proposiciones absolutamente indudables y últimas. Según una escuela, éstas son primeros principios de naturaleza general; según otra, son sensaciones primeras. Pero, de hecho, una indagación, para que tenga aquel resultado completamente satisfactorio llamado demostración, tiene sólo que empezar con proposiciones perfectamente libres de toda duda actual. Si las premisas no se ponen de hecho en duda en absoluto, no pueden ser más satisfactorias de lo que son²¹.

3) A algunos parece que les gusta argüir algo después de que todo el mundo esté completamente convencido de ello. Pero no puede realizarse ningún ulterior avance. Cuando la duda cesa, la acción mental sobre el tema llega a su fin, y si continúa sería sin propósito alguno²².

V. Métodos de fijar la creencia

20. Si el solo objeto de la indagación es el establecimiento de opinión, y si la creencia tiene la naturaleza de un hábito, ¿por qué no podríamos alcanzar el fin deseado tomando como respuesta a nuestra cuestión cualquiera de las que podamos elucubrar, reiterándonosla constantemente a nosotros mismos, deteniéndonos en todo lo que puede conducir a tal creencia, y aprendiendo a alejarnos con desprecio y aversión de todo lo que pueda perturbarla? Este método, simple y directo, es el que persiguen realmente muchos hombres. Recuerdo una vez que se me encarecía no leer un cierto periódico por miedo a que pudiese cambiar mi opinión sobre el librecambio. "Por miedo a que pudiese quedar atrapado en sus falacias y falsedades", era la expresión. "Tú no eres, decía mi amigo, un especialista en economía política. Puedes quedar por tanto fácilmente embaucado por argumentaciones falaces sobre el tema. Si lees este artículo puedes llegar a creer, pues, en el proteccionismo. Pero tú admites que el librecambio es la doctrina verdadera, y no deseas creer lo que no es verdad". Sé que con frecuencia este sistema se ha adoptado de forma deliberada. Y que con mayor frecuencia aún el desagrado instintivo hacia un estado indeciso de la mente, magnificado en un vago espanto hacia la duda, hace que los hombres se aferren espasmódicamente a las ideas que ya tienen. El hombre siente que sólo se encontrará plenamente satisfecho si se adhiere sin vacilar a su creencia. Y no puede negarse que una fe firme e inamovible depara una gran paz mental. Ciertamente puede tener algunos inconvenientes, tal como en el caso de un hombre que se mantenga resuelto a creer que el fuego no le quema, o que se condenará eternamente de no tomar sus *ingesta* sólo a través de una sonda estomacal.

Pero el que adopta dicho método no permitirá que los inconvenientes superen a las ventajas. Se dirá: "Me mantengo resueltamente en la verdad, y la verdad es siempre saludable". Y en muchos casos puede ser muy cierto que el placer que deriva de su tranquila fe compense cualquiera de los inconvenientes que resulten de su carácter fraudulento. Así, si es verdad que la muerte es aniquilación, entonces el hombre que cree que al morir irá con toda seguridad directo al cielo, supuesto que haya cumplido ciertos simples requisitos en su vida, disfruta de un placer fácil no enturbiado por el más mínimo desengaño²³. En cuestiones religiosas muchas personas parecen haber realizado una consideración parecida, ya que con frecuencia oímos decir: "Oh, no podría creer así-o-así porque de hacerlo me sentiría muy desgraciado". Cuando un avestruz al acercarse el peligro entierra su cabeza en la arena, muy probablemente adopta la línea más acertada. Oculta el peligro y dice entonces con toda tranquilidad que no hay ningún peligro, y si se siente perfectamente seguro de que no lo hay ¿por qué habría de levantar la cabeza para mirar? Un hombre puede ir por la vida manteniendo sistemáticamente apartado de la vista todo aquello que pueda llevarle a un cambio de sus opiniones, y si le resulta –basando su método, tal como lo hace, en dos leyes psicológicas fundamentales- no veo qué es lo que puede objetarse a ello. Sería una impertinencia egotista objetar que este procedimiento es irracional, pues esto es sólo tanto como decir que su método de establecer creencia no es el nuestro. El no se propone ser racional, y, en efecto, hablará con frecuencia con desprecio de la débil e ilusoria razón del hombre. Dejémosle pues que piense como quiera.

21. Pero este método de fijar la creencia, que puede llamarse el método de la tenacidad, en la práctica resulta incapaz de mantener sus bases. El impulso social va contra él. Quien lo adopta se encuentra con que otros piensan de modo diferente a él, y en algún momento de mayor lucidez será proclive a pensar que las opiniones de éstos son tan buenas como las suyas propias, quebrantándose así su confianza en sus creencia. Esta concepción de que el pensamiento o el sentimiento de otro hombre pueda ser equivalente al de uno mismo constituye claramente un nuevo paso, y de gran importancia. Surge de un impulso demasiado arraigado en el hombre como para suprimirlo sin poner en peligro la destrucción de la especie humana. A menos que nos transformemos en eremitas, nos influimos necesariamente en las opiniones unos a otros; de manera que el problema se transforma en cómo fijar la creencia, no meramente en el individuo, sino en la comunidad.

22. Dejemos, pues, actuar la voluntad del estado en lugar de la del individuo. Que se cree una institución que tenga por objeto mantener correctas las doctrinas ante la gente, reiterarlas perpetuamente, y enseñarlas a los jóvenes; teniendo a la vez poder para evitar que se enseñen, defiendan, o expresen, doctrinas contrarias. Que se alejen de la perspectiva de los individuos todas las causas posibles de un cambio mental. Mantengámosles ignorantes, no sea cosa que por alguna razón aprendan a pensar de modo distinto a como lo hacen. Asegurémonos de sus pasiones, de manera que vean con horror y hostilidad las opiniones privadas y poco usuales. Reduzcamos entonces al silencio a todos los que rechacen la creencia establecida. Que la gente los eche y los embadurne cubriéndolos de plumas²⁴, o que se investigue el modo de pensar de las personas sospechosas, y que si se las encuentra culpables de creencias prohibidas se las someta a algún castigo ejemplar. Cuando en todo caso no se pueda conseguir una total anuencia, una masacre general de todos los que no piensen de una determinada manera se ha acreditado como un medio muy efectivo de establecer opinión en un país. Si se carece de poder para hacerlo, redactemos una lista de opiniones a la que nadie con la más mínima independencia de criterio pueda asentir, y exijamos que los fieles acepten todas estas proposiciones con objeto de aislarlos lo más radicalmente posible de la influencia del resto del mundo.

Este método ha sido desde los primeros tiempos uno de los medios básicos de mantener las doctrinas políticas y teológicas correctas, y de preservar su carácter católico o universal. Se practicó especialmente en Roma, desde los tiempos de Numa Pompilio a los de Pío IX. Es este el ejemplo más perfecto en la historia; pero ahí donde ha habido una clase sacerdotal –y no hay religión alguna que haya carecido de ella- se ha hecho más o menos uso de este método. Ahí donde hay una aristocracia, o un gremio, o cualquier asociación de una clase de hombres cuyos intereses dependen, o se supone que dependen, de ciertas proposiciones, allí se encontrarán inevitablemente trazas de este producto natural del sentimiento social. Este sistema siempre va acompañado de crueldades; y cuando se lleva a cabo de forma consistente, éstas se transforman en atrocidades del más horrible carácter a los ojos de cualquier hombre racional. Y ello no debería sorprendernos, pues el funcionario de una sociedad no se encuentra motivado a sacrificar los intereses de ésta en aras de la clemencia, tal como puede hacerlo con sus intereses privados. Es natural por tanto que la simpatía y la camaradería den lugar así al más despiadado poder.

23. Al juzgar este método de evaluar la creencia, que puede llamarse el método de la autoridad, tenemos que admitir en primer lugar su inconmensurable superioridad moral y mental respecto del método de la tenacidad. Su éxito es proporcionalmente mayor; y, de hecho, ha dado una y otra vez los más majestuosos resultados. Ya las meras estructuras de piedra que ha llegado a ensamblar –en Siam, por ejemplo, en Egipto y en Europa- tienen muchas de ellas una sublimidad con la que apenas llegan a rivalizar las más grandes obras

de la naturaleza. Y, aparte de las épocas geológicas, no hay tan vastos períodos de tiempo como los que miden algunas de estas fes organizadas²⁵. Si escudriñamos más detenidamente la cuestión nos encontraremos con que ni uno solo de estos credos ha permanecido siempre igual; con todo, el cambio es tan lento que resulta imperceptible a lo largo de la vida de una persona, por lo que la creencia individual permanece sensiblemente fija. Para la masa de la humanidad, pues, no hay quizá ningún otro método mejor que éste. Si su más alto impulso es el de ser esclavos intelectuales, entonces deben permanecer esclavos.

24. Pero ninguna institución puede pretender regular las opiniones sobre todos los demás. Sólo puede atender a los más importantes, dejando en el resto las mentes humanas a la acción de las causas naturales. Esta imperfección no constituye fuente de debilidad en tanto en cuanto los hombres se encuentren en un estado cultural en el que una opinión no influya en otra, es decir, en tanto en cuanto no sepan sumar dos y dos. Pero en la mayor parte de los estados tiranizados por el clero siempre hay algunos individuos que se encuentran por encima de esta condición. Estos hombres poseen un tipo más amplio de sentimiento social; ven que en otros países y épocas los hombres han mantenido doctrinas muy diferentes de aquellas en las que ellos han sido educados a creer; y no pueden evitar darse cuenta de que es meramente accidental que se les haya enseñado como se les ha enseñado, y que se les haya dotado de los modos y asociaciones que tienen, lo que les ha llevado a creer tal como creen y no de modo muy distinto. Y su candor no puede tampoco resistir la reflexión de que no hay ninguna razón para considerar sus propias ideas como por encima de las de otras naciones y otros siglos, planteando así dudas a sus mentes,

25. Percibirán también, además, que en sus mentes tienen que haber dudas como éstas respecto de toda creencia que parezca estar determinada sea por el propio capricho, sea por el de los que dieron lugar a las opiniones populares. Tiene por consiguiente que abandonarse la adhesión entusiasmada a una creencia y su imposición arbitraria a otros. Hay que adoptar un método nuevo y diferente de establecer opiniones, que no sólo produzca un impulso a creer, sino que decida también cuál es la proposición a creer. Liberemos pues de impedimentos la acción de las preferencias naturales, y que los hombres, bajo la influencia de éstas, conversando unos con otros y considerando las cuestiones bajo perspectivas diferentes, desarrollen gradualmente creencias en armonía con las causas naturales. Este método se parece a aquél mediante el cual han madurado las concepciones artísticas. El ejemplo más perfecto del mismo se encuentra en la historia de la filosofía metafísica. Usualmente los sistemas de esta tipo no se han basado en hechos observados, al menos no a un cierto nivel relevante. Básicamente se han adoptado porque sus proposiciones fundamentales parecían "agradables a la razón". Es esta una expresión adecuada; no significa aquello que concuerda con la experiencia, sino aquello que nos encontramos inclinados a creer. Platón, por ejemplo, encuentra agradable a la razón que las distancias unas de otras de las esferas celestes sean proporcionales a las diferentes longitudes de las cuerdas que producen acordes armoniosos. Muchos filósofos han llegado a sus conclusiones fundamentales mediante consideraciones de este tipo²⁶; pero esta es la forma más elemental y menos desarrollada que adopta el método, pues está claro que otro puede encontrar como más agradable a su razón la teoría de Kepler de que las esferas celestes son proporcionales a las esferas inscritas y circunscritas de los diferentes sólidos regulares. Pero la contrastación de las opiniones llevará pronto a los hombres a apoyarse en preferencias de naturaleza mucho más universal. Tomemos, por ejemplo, la doctrina de que el hombre sólo actúa egoístamente, es decir, a partir de la consideración de que actuar en un sentido le reportará mayor placer que actuar en otro. Esto no se apoya en hecho alguno, y, sin embargo, ha tenido una amplia aceptación hasta ser la única teoría razonable²⁷.

26. Desde el punto de vista de la razón este método es mucho más intelectual y respetable que cualquiera de los otros dos a los que nos hemos referido. Ciertamente, en la medida en que no pueda aplicarse ningún método mejor debe seguirse éste, pues es entonces la expresión del instinto la que tiene que ser en todos los casos la causa última de la creencia. Pero su fracaso ha sido de lo más patente. Hace de la indagación algo similar al desarrollo del gusto; pero el gusto, por desgracia, es siempre más o menos una cuestión de moda, por lo que los metafísicos no han llegado nunca a un acuerdo fijo, sino que desde los primeros tiempos hasta los últimos el péndulo ha estado oscilando hacia adelante y hacia atrás entre una filosofía más material y otra más espiritual. Y así, a partir de este método, que se ha llamado el método *a priori*, llegamos, en frase de Lord Bacon, a la verdadera inducción. Hemos inspeccionado este método *a priori* como algo que prometía liberar nuestras opiniones de su elemento accidental y caprichoso. Pero el desarrollo, si bien es un proceso que elimina el efecto de algunas circunstancias casuales, no hace más que magnificar a la vez el de otras. Este método, por lo tanto, no difiere de modo muy esencial del de la autoridad. Puede que el gobierno no haya movido un dedo para influir en mis convicciones; puede que hacia afuera se me haya dejado en total libertad de elegir, digamos, entre monogamia y poligamia, y que apelando sólo a mi conciencia pueda haber concluido que esto último es algo en sí mismo licencioso. Pero cuando veo que el obstáculo fundamental a la expansión de la cristiandad entre un pueblo de cultura tan elevada como el de los hindúes ha sido la convicción de la inmoralidad de nuestro modo de tratar a las mujeres, no puedo por menos de considerar que aun cuando no se interfieran los gobiernos lo cierto es que el desarrollo de los sentimientos

se encuentra fuertemente determinado por causas accidentales. Ahora bien, hay ciertas gentes, entre las cuales tengo que suponer que se encuentra mi lector, que en cuanto observan que alguna de sus creencias está determinada por cualquier circunstancia extraña a los hechos, a partir de ese momento no sólo admiten de palabra que esa creencia es dudosa, sino que experimentan una duda real, de manera que en cierta medida deja de ser una creencia.

27. Para satisfacer nuestras dudas es necesario, por tanto, encontrar un método mediante el cual nuestras creencias puedan determinarse, no por algo humano, sino por algo permanente externo, por algo en lo que nuestro pensamiento no tenga efecto alguno²⁸. Algunos místicos imaginan que disponen de un tal método en la inspiración privada procedente de lo alto. Pero esto es sólo una forma del método de la tenacidad, en el que la concepción de verdad como algo público no se ha desarrollado aún. Nuestro algo permanente externo no sería, en nuestro sentido, externo si su ámbito de influencia se redujese a un individuo. Tiene que ser algo que afecte, o pueda afectar, a cada hombre. Y aun cuando tales afecciones son necesariamente tan diversas como lo son las condiciones individuales, con todo el método ha de ser tal que la conclusión última de cada una sea la misma²⁹. Tal es el método de la ciencia. Su hipótesis fundamental, expresada en un lenguaje más familiar, es ésta. Hay cosas reales cuyas características son enteramente independientes de nuestras opiniones sobre las mismas; estos reales afectan a nuestros sentidos siguiendo unas leyes regulares, y aun cuando nuestras sensaciones son tan diferentes como lo son nuestras relaciones a los objetos, con todo, aprovechándonos de las leyes de la percepción, podemos averiguar mediante el razonar cómo son real y verdaderamente las cosas; y cualquiera, teniendo la suficiente experiencia y razonando lo bastante sobre ello, llegará a la única conclusión verdadera. La nueva concepción implicada aquí es la de realidad. Se me puede preguntar cómo sé que hay reales. Si esta hipótesis es el único apoyo de mi método de indagación, mi método de indagación no tiene que utilizarse para apoyar mi hipótesis. La respuesta es esta: 1) si no se puede considerar que la investigación prueba que hay cosas reales, al menos no lleva a una conclusión contraria; pero el método y la concepción en la que se basa continúan estando en armonía. Por lo tanto, de la práctica del método no surgen necesariamente dudas sobre el mismo, tal como ocurre con todos los demás; 2) el sentimiento que da lugar a cualquier método de fijar la creencia es el de una insatisfacción ante dos proposiciones incompatibles. Pero aquí hay ya una concesión vaga de que una proposición representaría *una* cierta cosa. Nadie, por tanto, puede realmente poner en duda que hay reales, pues de dudarlo la duda no sería entonces una fuente de insatisfacción. La hipótesis, por lo tanto, es la que todo el mundo admite. De manera que el impulso social no nos lleva a ponerla en duda; 3) todo el mundo utiliza el método científico en un gran número de cosas, y sólo deja de hacerlo cuando no sabe cómo aplicarlo; 4) la experiencia del método no nos ha llevado a cuestionarlo, sino que, por el contrario, ha sido la investigación científica la que ha cosechado los más maravillosos triunfos en el modo de establecer opinión. Estos proporcionan la explicación del no cuestionar yo el método, o la hipótesis que éste presupone; y al no tener duda alguna, ni creer que la tenga nadie de aquellos en los que yo pueda influir, sería una mera verborrea seguir hablando de ello. Si hay alguien con alguna duda viva sobre el tema, que la reflexione³¹.

28. El objeto de esta serie de artículos es describir el método de la investigación científica. De momento sólo tengo espacio para señalar algunos puntos de contraste entre este método de fijar la creencia y otros.

Este es el único de los cuatro métodos que presenta una cierta distinción entre una vía recta y otra errónea. Si adopto el método de la tenacidad, y me cierro a toda influencia exterior, todo lo que considero necesario para lograrlo es de acuerdo a este método necesario. Lo mismo con el método de la autoridad: el Estado puede intentar sofocar la herejía por medios que, desde un punto de vista científico, parecen altamente contraproducentes a sus propios objetivos, pero el único test *sobre la base de este método* es el que piensa el Estado; de manera que éste no puede desarrollar erróneamente el método. Lo mismo con el método *a priori*. Su esencia misma es la de pensar como uno está inclinado a pensar. Todos los metafísicos están seguros de hacer esto, con independencia de que puedan estar inclinados a juzgarse unos a otros como obstinadamente errados. El sistema hegeliano reconoce como lógica toda tendencia natural del pensamiento, aun cuando vaya a estar ciertamente neutralizada por contratendencias. Hegel piensa que hay un sistema regular en la sucesión de estas tendencias a consecuencia del cual la opinión, después de ir a la deriva en un sentido u otro durante un largo período de tiempo, terminará por proceder rectamente. Y es verdad que los metafísicos terminan por alcanzar las ideas rectas; el sistema de la naturaleza, de Hegel, representa de forma aceptable la ciencia de su época; y uno puede estar seguro de que toda investigación científica que se haya situado fuera de toda duda dispondrá instantáneamente de la demostración *a priori* por parte de los metafísicos. Pero el caso es diferente con el método científico. Puedo empezar con hechos conocidos y observados para proceder hacia lo desconocido; y, con todo, las reglas que sigo al hacerlo pueden no ser las que la investigación aprobaría. El test de si verdaderamente sigo o no el método no es una apelación inmediata a mis sentimientos y propósitos, sino que, por el contrario, ello mismo implica la aplicación del método. De ahí que sea posible tanto un buen como un mal razonamiento; y este hecho es el fundamento del lado práctico de la lógica.

29. No hay que suponer que los tres primeros métodos de establecer opinión no presenten ventaja alguna sobre el método científico. Al contrario, cada uno tiene sus propias cualidades. El método *a priori* se distingue por sus confortables conclusiones. La naturaleza del procedimiento es la de adoptar cualquier tendencia a la que estamos inclinados –y hay ciertos halagos a la vanidad humana en los que por naturaleza todos creemos- hasta que los rudos hechos nos despiertan de nuestro placentero sueño. El método de la autoridad regirá siempre la masa de la humanidad; y los que detentan en el estado las diversas formas de fuerza organizada nunca se convencerán de que de alguna manera el razonamiento peligroso no debe suprimirse. Si la libertad de expresión consiste en estar libre de las trabas de las formas groseras de constreñimiento, entonces la uniformidad de opinión estará asegurada por un terrorismo moral al que la respetabilidad social dará su sistemática aprobación. Seguir el método de la autoridad es el camino de la paz. Se permiten ciertos inconformismos; otros (considerados inseguros) se prohíben. Estos son diferentes en diferentes países y en diferentes edades; pero, estén donde estén, se hará saber que mantienes seriamente una creencia tabú, y puedes estar seguro de que se te tratará con una crueldad menos brutal pero más refinada que la de perseguirte como a un perro. De ahí que los mayores benefactores de la humanidad no se hayan atrevido nunca, ni se atreven ahora, a proferir todo su pensamiento; y que, por tanto, una sombra de duda *prima facie* se cierna sobre toda proposición que se considera esencial a la seguridad de la sociedad. De modo bastante peculiar, la persecución no siempre procede de afuera; sino que un hombre se atormenta a sí mismo, llegando con frecuencia a angustiarse al máximo al descubrirse creyendo en proposiciones que la educación recibida le llevaba a considerar con aversión. El hombre pacífico y comprensivo encontrará en consecuencia muy difícil resistirse a la tentación de someter sus opiniones a la autoridad. Pero el que admiro más es el método de la tenacidad, por su fuerza, simplicidad y franqueza. Los que lo utilizan se distinguen por su carácter decidido, que resulta muy afín a tal regla mental. No malgastan el tiempo intentando convencerse de lo que quieren, sino que sin la menor vacilación, como relámpagos, echan mano de la primera alternativa que se les presenta, aferrándose a ella hasta el final, pase lo que pase. Es esta una de las espléndidas cualidades que generalmente acompaña al éxito brillante y pasajero. Es imposible no envidiar al hombre que puede prescindir de la razón, aun cuando sepamos lo que a la postre acaba sucediendo.

30. Tales son las ventajas que tiene sobre la investigación científica los otros métodos de establecer opinión. El hombre debiera reflexionar sobre ellas, y considerar entonces que, después de todo, lo que él quiere es que sus opiniones coincidan con el hecho, y que no hay razón alguna de por qué los tres primeros métodos deban lograr esto. Conseguir esto es la prerrogativa del método científico. En base a tales consideraciones ha de realizar su elección –una elección que es mucho más que la adopción de una opinión intelectual, que es una de las decisiones capitales de la vida, a la que, una vez tomada, está obligado a vincularse. La fuerza del hábito hará a veces que el hombre se aferre a sus viejas creencias, después de estar en situación de ver que no tienen ninguna base sólida. Pero la reflexión sobre el caso se sobrepone a estos hábitos, por lo que debe dar todo su peso a la reflexión. La gente, sin embargo, es reacia a actuar así, al tener la idea de que las creencias son algo saludable y no pueden pensar que no se apoyen en nada. Pero que estas personas supongan un caso análogo, aunque diferente del suyo propio. Que se pregunten qué es lo que dirían a un musulmán reformado que vacilase en abandonar sus viejas ideas sobre las relaciones entre los sexos; o a un católico reformado que tuviese reparos aún en leer la Biblia. ¿No dirían acaso que tales personas deberían considerar la cuestión detenidamente y comprender claramente la nueva doctrina, debiendo entonces abrazarla en toda su plenitud? Pero, sobre todo, que se tenga en cuenta que más saludable que cualquier creencia particular es la integridad de creencia, y que no penetrar en las bases de cualquier creencia por miedo a que puedan aparecer podridas es algo tan inmoral como perjudicial. La persona que reconoce que se da algo así como la verdad, que se distingue de la falsedad meramente en esto, en que si se actúa atentamente en base a ella nos llevaría sin dilación al punto propuesto, y que entonces, aun convencida de esto, no se atreve a conocer la verdad e intenta evitarla, esta persona, verdaderamente, se encuentra en un triste estado mental²². Sí, los otros métodos tienen sus méritos: una conciencia lógica clara tiene su coste –como nos cuesta clara cualquier virtud, todo lo que más ansiamos. Pero no deseamos que sea de otro modo. El genio del método lógico de un hombre hay que amarlo y reverenciarlo como a su novia, a la que ha escogido de entre todo el mundo. No necesita despreciar a las otras; al contrario, puede honrarlas profundamente, y al hacerlo no hace más que honrar más a la suya propia. Pero ella es la que él ha escogido, y sabe que ha estado acertado al hacer esta elección. Y, una vez hecha, trabajará y luchará por ella, no lamentándose de los golpes que hay que encajar, confiando en que hayan otros tantos y tan duros por dar, esforzándose por ser el digno caballero y campeón de ella, de la llama de cuyos splendores extrae él su inspiración y su coraje.

Notas

*(N. del E.) Reproducido con el permiso de José Vericat. Esta traducción se publicó originalmente en: Charles S. Peirce. *El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*, José Vericat (trad., intr. y notas), Crítica, Barcelona 1988, pp. 175-99. *La fijación de la creencia*, correspondiente a 1877, se publicó originalmente en el *Popular Science Monthly*. Los títulos de los párrafos interiores corresponden a los editores de los CP. El texto se encuentra en CP 5.358-387 y en W3, pp. 242-57.

1. El tratamiento metalógico de la lógica, por parte de los escolásticos, plasmado, por ejemplo, en la teoría de la *suppositio*, representa, sin embargo, una significativa preeminencia de la gramática, de la que el mismo Peirce se vale para desarrollar la semiótica en la línea de una *grammatica speculativa*, o, también, retórica especulativa. De hecho, el mismo manifiesta: "lo que nunca podría admitir es que la lógica versa primigeniamente en el pensamiento no expresado, y sólo secundariamente en el lenguaje" (CP 2. 461, n. 1).

2. Cf. *Opus Majus*, parte VI (Nota de los editores de los CP).

3. Aquí traduce a "*distinct*".

4. La "transubstanciación" va a servir a Peirce como contraejemplo a su definición de significación (cf. cap. VI, 13 y 14). No deja de ser curioso que, en Marx, el mismo concepto resume su interpretación de la producción del capital como producción *simbólica* a partir del valor de cambio.

5. Cf. J. Aubrey, *Brief Lives*, Oxford, 1898, 1, p. 299.

6. Para Peirce el razonamiento de Kepler (*De Motibus Stellae Martis*) es un ejemplo de razonar por retroducción frente a la interpretación inductiva que del mismo hace Mill (*The Philosophy of the Inductive Sciences*, 1840) (CP 1. 71 ss.), significando, por tanto, la preeminencia de la razón (en este caso, expresada en la teoría de las cónicas) sobre la observación (CP 2. 97), en el sentido ésta, no de percepción, pues también la razón participa de ella, sino de verificación empírica; de ahí su crítica radical a la idea de verificación representada por el positivismo de un Comte (CP. 5.597). Según el mismo Kepler, el último paso, el más esencial, lo realizó "por accidente"; para Peirce, fue resultado de "una cualidad moral sin la cual un pensador no puede escapar a falacia alguna, a saber, la de una vigorosa honestidad de propósito" (*Lowell Institute Lectures: "The History of Science"*, 2. 15, Johann Kepler (Kepler) [1284], en C. Eisele, ed., *Historical Perspectives...*, Mouton Publishers, Berlín/Nueva York/Amsterdam, 1985, 290-295, p. 295).

7. No exactamente así, pero casi así, en la medida en que puede expresarse en pocas palabras.

8. Me avergüenza confesar que este volumen contiene una observación falsa y absurda sobre Kepler. Cuando la escribí no había estudiado el original como hice a partir de entonces. Mi opinión deliberada ahora es que se trata del ejemplo más maravilloso de razonamiento inductivo que hasta ahora he encontrado, 1883. [Peirce rectifica parcialmente este error c. 1910 tachando la expresión "del (...) nosotros".]

9. Lo que él hizo, una ilustración de lo más instructiva de la lógica de la ciencia, se describirá en otro capítulo [¿dónde?]; y ahora nosotros sabemos lo que autoritariamente se negó cuando sugerí por vez primera que él se había inspirado en el libro de Malthus sobre población (1903).

10. Peirce considera los años precedentes -desde 1846- a la publicación de *The Origin of Species* (1859) como una de las épocas más productivas relativamente de toda la historia de la ciencia. Específicamente, en lo que respecta a la idea de probabilidad, en el sentido de que "el azar produce orden" (CP 6.297) -como para Mandeville los vicios privados producen beneficios públicos, que viene a ser lo que para el economista, hace la miseria (NP 6.293). Aparte de a las obras de Clausius ("Über die Art der Bewegung welche wir Wärme nennen", *Poggendorff's Annalen*, vol. 100, 1857) y las de Maxwell ("Illustrations of the Dynamical Theory of Gases", *Philos. Magazine* IV, 1860), Peirce se refiere también a la de Quételet (*Letters on the Application of Probabilities to the Moral and Political Sciences*, Bruselas, 1846; trad. inglesa de O. G. Downes, Londres, 1849), y a la de Buckle (*History of Civilisation*).

11. Es decir, estar dominado por un hábito tal que generalmente da lugar a ello (1903).

12. No estamos, sin embargo, totalmente seguros de que la selección natural sea el único factor de evolución; y hasta que esta momentánea proposición se haya probado mucho mejor de lo que lo ha sido, no

permitamos que nos cierre el paso a la capacidad de un muy firme razonar (1903).

13. Miembros de una secta fanática ismailí, fundada a finales del siglo XI por Hasan-i Sabbah, que estableció su fortaleza en las inaccesibles montañas de Alamut, desde donde dirigió las matanzas de prominentes políticos y militares musulmanes.

14. Recordemos la naturaleza de un signo y preguntémosnos cómo podemos saber que un sentimiento de cualquier tipo es un signo de que tenemos implantado en nosotros un hábito.

Podemos entender un hábito comparándolo con otro hábito. Pero para entender qué es un hábito tiene que haber un hábito del que seamos directamente conscientes en su generalidad. Es decir, tenemos que tener una cierta generalidad en nuestra consciencia directa. El obispo Berkeley y una gran cantidad de pensadores preclaros se mofan de la idea de que seamos capaces de imaginar un triángulo que no sea ni equilátero, ni isósceles, ni escaleno. Parecen pensar que el objeto de la imaginación tiene que estar determinado de modo preciso a todo respecto. Pero parece cierto que tenemos que imaginar algo general. No pretendo en este libro entrar en cuestiones de psicología. No nos es necesario a nosotros saber con detalle cómo está hecho nuestro pensar, sino sólo cómo puede hacerse. Es más, puedo decir por igual simultáneamente que pienso que nuestra consciencia directa abarca una duración temporal, aun cuando sólo sea una duración infinitamente breve. En cualquier caso, no veo el modo de evitar la proposición de que para atribuir cualquier significación general a un signo y saber que le atribuimos una significación general tenemos que tener una imaginación directa de algo que no está determinado a todo respecto (1893).

15. En esto es como cualquier otro estímulo. Es verdad que igual que a los hombres, en aras del placer de la mesa, les puede gustar sentirse hambrientos y adoptar los medios para sentirse así, aun cuando el hambre implica siempre el deseo de llenar el estómago, así también, en aras del placer de la indagación, a los hombres les puede gustar suscitar dudas. Si bien, por lo mismo, la duda implica esencialmente una lucha por escapar a ella (1893).

16. No estoy hablando de los efectos secundarios producidos ocasionalmente por la interferencia de otros impulsos ["secundarios ... producidos por", cambiado en 1910 por "accidentales ... superinducidos por la reflexión o ..."].

17. La duda, sin embargo, no es usualmente vacilación acerca de lo que hay que hacer aquí y allá. Es vacilación anticipada acerca de lo que haré en adelante, o una vacilación fingida acerca de un estado ficticio de cosas. Es el poder de hacer creer que vacilamos, junto con el hecho patente de que la decisión sobre el dilema de meramente hacer-creer tiene por objeto formar un hábito de bona fide que sea operativo en una emergencia real. Son estas dos cosas conjuntamente las que nos constituyen como seres intelectuales.

Toda respuesta a una cuestión que tenga algún significado es una decisión respecto a cómo actuaríamos bajo circunstancias imaginadas, o cómo se esperaría que el mundo influyese en nuestros sentidos. Supongamos así que se me dice que si dos líneas rectas en un plano están cortadas por una tercera, formando la suma de los ángulos internos de un lado menos de dos ángulos rectos, entonces estas líneas, de prolongarse suficientemente, se encontrarán por el lado en el que se dice que la suma es menor de dos ángulos rectos. Esto significa para mí que si tuviese dos líneas trazadas sobre un plano y desease encontrar dónde se cortan podría trazar una tercera línea que las cortase y averiguar por qué lado la suma de los dos ángulos formados sería menor de dos rectos, debiendo prolongar las líneas por este lado. De la misma manera, toda duda es un estado de vacilación acerca de un estado imaginado de cosas (1893).

18. A menos que, verdaderamente, nos lleve a modificar nuestros deseos (1903).

19. Pues la verdad no es ni más ni menos que aquella característica de una proposición que consiste en esto, en que la creencia en la proposición, con suficiente experiencia y reflexión, nos llevaría a una conducta tal que tendería a satisfacer los deseos que tendríamos entonces. Decir que la verdad significa más que esto es decir que no tiene en absoluto ningún significado (1903).

20. En tanto en cuanto no podamos indicar con precisión nuestras opiniones erróneas éstas continúan siendo aún nuestras opiniones. Nos será bastante saludable hacer un repaso general de las causas de nuestras creencias; el resultado será que la mayoría de ellas han sido adoptadas por simple confianza y han sido mantenidas desde cuando éramos demasiado jóvenes como para discriminar lo creíble de lo increíble. Tales reflexiones pueden despertar dudas reales sobre alguna de nuestras posiciones. Pero en los casos en que en nuestras mentes no existe ninguna duda real la indagación será una farsa ociosa, una mera comisión exculpatoria que será mejor dejar estar. Este defecto estuvo muy extendido en filosofía en aquellas épocas en

que las "disputaciones" constituían los principales ejercicios en las universidades, es decir, desde su aparición en el siglo XIII hasta mediados del XVIII, e incluso actualmente en algunas instituciones católicas. Pero desde que aquellas disputaciones dejaron de estar de moda esta enfermedad filosófica es menos virulenta (1893).

21. Tenemos que reconocer que las dudas sobre las mismas pueden plantearse más tarde; pero no podemos encontrar ninguna proposición que no esté sujeta a esta contingencia. Debemos construir nuestras teorías de manera que den lugar a tales descubrimientos; primero, basándolas en la mayor variedad posible de consideraciones diferentes, y, segundo, dejando lugar para las modificaciones que no pueden preverse, pero que con toda seguridad serán necesarias. Algunos sistemas están mucho más abiertos que otros a este criticismo. Todos aquellos que se basan fuertemente en la "inconcebibilidad de lo contrario" se han acreditado como particularmente frágiles y efímeros. Aquellos, sin embargo, que se basan en evidencias positivas, y que evitan insistir en la precisión absoluta de sus dogmas, son difíciles de destruir (1893).

22. Excepto la de autocrítico. Insertar aquí una sección sobre autocontrol y la analogía entre moral y autocontrol racional (1903).

23. Aunque ciertamente puede ser que dé lugar a una línea de conducta que lleve a sufrimientos que se hubiesen evitado con una reflexión más profunda (1903).

24. Un castigo popular en los Estados Unidos del siglo XVIII.

25. Unifiquémoslas en el sentido del *Orante Universal* de Alexander Pope, y ¿quién es el individuo cuyo engrimiento le lleve a plantar cara e imponer su criterio frente al de ellas? Estas fes reivindican la autoría divina; y ciertamente no son más una *invención* de los hombres como lo son los cantos por parte de los pájaros. Es una recaída en el método de la tenacidad lo que las aísla y ciega a los eclesiásticos respecto del valor de algo que no sea el odio. Todo credo distintivo ha sido un hecho histórico inventado para dañar a alguien. Es más, el resultado, en conjunto, ha sido de un éxito sin precedentes. Si la esclavitud de opinión es algo natural y saludable para los hombres, entonces tiene que continuar habiendo esclavos.

Cada uno de estos sistemas fue establecido por primera vez por algún legislador individual o profeta; y, una vez establecido, creció por sí mismo. Pero dentro de este principio de crecimiento se esconden gérmenes de decadencia. El poder del individualismo se extingue; sólo la organización tiene vida. Ahora bien, a lo largo de las épocas las viejas cuestiones dejan la mente, y pasan a apremiar otras nuevas. El mar avanza o retrocede; una cierta horda de los que han vivido siempre de la conquista hace de repente una conquista de repercusiones para todo el mundo. De un modo u otro, el comercio se desvía de sus antiguas rutas. Un tal cambio trae nuevas experiencias y nuevas ideas. Los hombres empiezan a rebelarse contra las actuaciones de las autoridades a las que antes se habrían sometido. Cuestiones nunca planteadas antes pasan a ser objeto de decisión; pero un legislador individual no sería ya escuchado. El instinto de los gobernantes nunca ha dejado de ver que la convocatoria de un consejo del pueblo constituía una medida cargada de peligro para la autoridad. Con todo, si bien se esfuerzan por evitarlo, de hecho invocan a la opinión pública, lo que constituye recurrir decisivamente a un nuevo método de establecer opinión. Tienen lugar perturbaciones; grupos de hombres discuten el estado de cosas; y se enciende la sospecha, que corre como un río de pólvora, de que las máximas que los hombres han estado reverenciando tenían su origen en el capricho, en la perversidad de algún entrometido, en los proyectos de un hombre ambicioso, o en otras influencias que se observa integran una asamblea deliberativa. Los hombres empiezan a pedir ahora que, al igual que el poder que mantiene la creencia ya no es caprichoso sino público y metódico, así también se determinen de manera pública y metódica las proposiciones que hay que creer (1893).

26. Veamos de qué manera algunos de los grandes filósofos han procurado establecer opinión, y cuál ha sido su resultado. Descartes, para el que un hombre tiene que empezar por dudar todo, observa que hay una cosa de la que él mismo sería incapaz de dudar, y es la de que él duda; y cuando reflexiona que duda, ya no puede dudar de que existe. Descartes piensa entonces que, por el hecho de que todo el rato está dudando de si hay cosas tales como forma y movimiento, tiene que darse por convencido de que la forma y el movimiento no pertenecen a su naturaleza ni a ninguna otra cosa, sino a la consciencia. Lo que está considerando como obvio es que nada hay en su naturaleza escondido por debajo de la superficie. A continuación Descartes pide al que duda que observe que posee la idea de Ser en el más alto grado de inteligencia, poder y perfección. Ahora bien, un ser no tendría estas cualidades a menos que existiese necesaria y eternamente. Por existir necesariamente quiere decir existir en virtud de la existencia de la idea. Consecuentemente tiene que cesar toda duda respecto de la existencia de este ser. Esto supone simplemente que hay que fijar la creencia por medio de lo que los hombres encuentran en sus mentes. Viene a razonar así: Encuentro escrito en el libro de mi mente que hay algo, X, de tal tipo que existe en el momento mismo en que se escribe. Claramente, apunta

a un tipo de verdad que al decirse puede hacerse. El da dos pruebas más de la existencia de Dios. Descartes parte de que es más fácil conocer a Dios que a cualquier otra cosa; pues lo que pensamos que El es, El es. De lo que no se da cuenta es de esto es precisamente la definición de *quimera*. En particular, Dios no puede engañar, de donde se sigue que lo que pensamos de modo completamente claro y distinto que es verdad de algo tiene que ser verdad. Consecuentemente, si la gente discute plenamente sobre algo, y establece de modo completamente claro y distinto lo que piensa sobre ello, se alcanzará el establecimiento deseado de la cuestión. Puedo hacer observar que el mundo ha deliberado de un modo bastante sistemático sobre esta teoría, llegando de modo completamente claro a la conclusión de que es un total sinsentido; por donde este juicio es indiscutiblemente correcto.

Me han dicho muchos críticos que falseo a los filósofos *a priori* al representarlos como adoptando cualquier opinión que parezca ser una inclinación natural a adoptar. Pero nadie puede decir que lo arriba expuesto no define exactamente la posición de Descartes, pues ¿en qué se basa sino en los modos naturales del pensar? Quizá se me diga, sin embargo, que desde Kant este vicio se ha curado. La enorme presunción de Kant es la de estar examinando críticamente nuestras inclinaciones naturales hacia ciertas opiniones. La opinión de que algo es *universalmente* verdadero va claramente mucho más allá de lo que la experiencia puede garantizar. La opinión de que algo es *necesariamente* verdadero (es decir, no meramente verdadero en el estado existente de cosas, sino que lo sería para todo estado de cosas) va igualmente más allá de lo que la experiencia garantizará. Estas observaciones las ha hecho Leibniz y han sido admitidas por Hume, y Kant las reitera. Aunque son proposiciones de rasgo nominalista, difícilmente pueden negarse. Puedo añadir que todo lo que se mantenga como precisamente verdadero va más allá de lo que la experiencia puede posiblemente justificar. Aceptando estos criterios de origen de las ideas, Kant procede a razonar tal como sigue: Se afirma que las proposiciones geométricas son universalmente verdaderas. Por lo tanto, no proceden de la experiencia. En consecuencia, el que el hombre lo vea todo en el espacio tiene que responder a una necesidad interior de su naturaleza humana. *Ergo*, la suma de los ángulos de un triángulo será igual a dos rectos para todos los objetos de nuestra visión. Justo ésta, y nada más, es la línea de pensamiento de Kant. Pero la corrupción de la razón en los seminarios ha llegado al punto de que tal estupidez se tiene por una admirable argumentación. Puedo recorrer la *Crítica de la razón pura*, sección por sección, y mostrar que a lo largo de la misma el pensamiento tiene precisamente esta característica. Kant muestra continuamente que los objetos ordinarios, tal como árboles y piezas de oro, implican elementos que no están contenidos en las primeras presentaciones de los sentidos. Pero no podemos persuadirnos de renunciar a la realidad de árboles y piezas de oro³³. Hay hacia dentro una insistencia general en ellos, y esta es la justificación de tragarse la entera pildora de una creencia general sobre los mismos. Esto es meramente aceptar sin más una creencia en cuanto se muestra que agrada muchísimo a una gran cantidad de gente. Kant vacila al llegar a las ideas de Dios, Libertad e Inmortalidad, porque la gente que sólo está pendiente del estómago, del placer y el poder, son indiferentes a tales ideas. El somete estas ideas a un diferente tipo de examen, para finalmente aceptarlas sobre bases más o menos sospechosas para los seminaristas, pero que a los ojos de los expertos de laboratorio son infinitamente más fuertes que aquellas en base a las cuales ha aceptado el espacio, el tiempo y la causalidad. Estas últimas bases no son más que esto, que lo que es una inclinación decidida y general a creer tiene que ser verdad. Si Kant hubiese dicho meramente: adopto por el momento la creencia de que los tres ángulos de un triángulo son igual a dos rectos porque nadie, salvo el hermano Lambert y algún italiano³⁴, lo ha puesto nunca en duda, su actitud hubiese sido bastante correcta. Pero, por el contrario, él y los que hoy representan su escuela mantiene de modo claro que se ha *probado* la proposición, y que se ha *refutado* a los lambertianos, por lo que el pensar como ellos no es más que una mera desviación general.

Por lo que respecta a Hegel, que dominó en Alemania durante una generación, éste sabe muy bien con qué se las entiende. Lanza simplemente su bote a la corriente del pensamiento y deja que ésta lo arrastre. El mismo llama a su método *dialéctico*, significando con ello que una franca discusión sobre las dificultades a las que da lugar de modo espontáneo cualquier opinión conducirá a una modificación tras otra, hasta alcanzar una posición sólida. Esta es una distinta profesión de fe en el método de las inclinaciones.

Otros filósofos apelan al "test de la inconcebibilidad de lo contrario", a "presupuestos" (por los que entienden *Voraussetzungen*, propiamente traducido, *postulados*), y a otros recursos; pero todos éstos no son más que otros tantos sistemas de estrujar el cerebro para encontrar una opinión durable sobre el universo.

Cuando pasamos del examen atento de las obras que sostienen el método de la autoridad a las de los filósofos, no sólo nos encontramos en una atmósfera intelectual mucho más elevada, sino también en una atmósfera moral más clara, brillante y refrescante. Todo esto, sin embargo, es secundario en relación a la única cuestión significativa de si el método logra fijar las opiniones de los hombres. Los proyectos de estos autores son de lo más persuasivo. Uno se atreve a aseverar que podrían. Pero hasta el momento, de hecho, decididamente no; y en este sentido la perspectiva es de lo más desalentadora. La dificultad reside en que opiniones que hoy se consideran de lo más firme han dejado de ser moda mañana. Realmente son mucho más

cambiables de lo que parecen a un lector impaciente; dado que las frases hechas para revestir opiniones ya difuntas son utilizadas de segunda mano por sus herederos.

Hablamos todavía de "causa y efecto" aun cuando, en el mundo mecánico, la opinión que esta frase pretendía representar ha sido arrinconada ya hace tiempo. Sabemos ahora que la aceleración de una partícula a cada instante depende de su posición relativa a las demás partículas en ese instante; mientras que la vieja idea era que el pasado afecta al futuro, mientras que el futuro no afecta al pasado. Así, la "ley de la oferta y la demanda" tiene totalmente diferentes significados para diferentes economistas (1893).

27. Una aceptación cuyo apoyo real ha sido la opinión de que el placer es el único bien último. Pero esta opinión, o incluso la de que el placer *per se* es un bien en absoluto, sólo es mantenible en la medida en que el que la sostiene carece de idea distinta alguna de lo que él quiere decir por "bien" (1903).

28. Pero el cual, por otra parte, tiende sin cesar a influir en el pensamiento; o, en otras palabras, por algo real (1903).

29. O sería la misma si se persistiese lo suficiente en la indagación (1903).

30. Originalmente, "realidades" (Nota de los editores de los CP).

31. Los cambios de opinión los provocan acontecimientos fuera del control humano. Toda la humanidad era de una tan firme opinión de que los cuerpos pesados tiene que caer más rápidos que los ligeros que cualquier otra idea era descartada como absurda, excéntrica y probablemente falsa. Con todo, tan pronto como algunos hombres absurdos y excéntricos lograron inducir a algunos de los partidarios del sentido común a considerar sus experimentos –tarea no fácil– se hizo evidente que la naturaleza no seguiría a la opinión humana, por muy unánime que fuese. No había así más alternativa que la de que la opinión humana se acercase a la posición de la naturaleza. Esta fue una lección de humildad. Unos pocos, el pequeño grupo de los hombres de laboratorio, empezaron a ver que tenían que abandonar la arrogancia de una opinión asumida como absolutamente definitiva a todo respecto y usar todos sus esfuerzos en someterse con la menor resistencia posible a la desbordante marea de la experiencia –que a la postre es la que les ha de gobernar– y escuchar lo que la naturaleza parecía estar diciéndonos. El ensayo durante estos tres siglos de este método empírico en la ciencia natural –aunque abominado duramente por la mayoría de los hombres– nos estimula a confiar en que estamos acercándonos más y más hacia una opinión que no está destinada a ser destruida, aun cuando no podemos esperar nunca alcanzar por completo este objetivo ideal (1893).

32. Tachar el resto (nota marginal, 1893, 1903).

33. Lo que Peirce viene a expresar aquí es que anterior y más general que la pregunta kantiana "¿cómo son posibles los juicios sintéticos *a priori*?" está la de "¿cómo son posibles los juicios sintéticos?", o, expresado de otra manera, "¿cómo es posible que un hombre pueda observar un hecho y acto seguido establecer un juicio en relación con otro hecho diferente no implicado en el primero?" (CP 2. 690).

34. Se trata de J. H. Lambert (1728-1777), para Peirce, el "lógico formal más grande" de la época (CP 2. 346); siendo, con toda probabilidad, el italiano aludido, G. Saccheri (1667-1733). Ambos se sitúan en la línea leibniziana de una estricta axiomatización de la lógica, desde la que la crítica al teorema euclidiano les lleva a posiciones que prefiguran lo que será la geometría no-euclideana, en tanto producto neto de la razón. Para Peirce, la geometría no euclideana de Lobatchewsky y Riemann representa la emancipación de los conceptos respecto del condicionante especial, encarnado por la perspectiva euclideana, de modo específico en términos tales como *abstracto*, *forma*, *analogía*, etc. (CP 8. 91-99).
